

Homilía Misa Crismal.

Hoy, en la Misa Crismal, rezamos por los sacerdotes, agradecemos a Dios el don del sacerdocio ministerial. El profeta Isaías nos dice: *“Ustedes serán llamados “Sacerdotes del Señor”, se les dirá “Ministros de nuestro Dios””* (Is 61, 6). El salmo, por su parte, nos recuerda la promesa que nos hace el Padre: *“Mi fidelidad y mi amor lo acompañarán”*.

Hoy, ante el pueblo de Dios, confesamos que solo por gracia somos sacerdotes de Jesucristo. Él es *“el Testigo fiel, el Primero que resucitó de entre los muertos... Él nos amó y nos purificó de nuestros pecados por medio de su sangre, e hizo de nosotros un Reino sacerdotal para Dios, su Padre. ¡A él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos! Amén”* (Ap 1, 5-6).

Miramos a Jesucristo, queremos seguir sus pasos. Ya que, como nos recuerda el Papa León XIV: *“Todo pastor, en efecto, antes incluso de dedicarse a la guía del rebaño, debe recordar constantemente que él mismo es discípulo del Maestro, junto con los hermanos y hermanas, porque «a lo largo de la vida se es siempre “discípulo”, con el constante anhelo de “configurarse” con Cristo”*.¹

Por eso, lo escuchamos al Señor proclamar la Palabra en la sinagoga de Nazaret, cuando afirma que la profecía se cumple en su persona: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4, 18-19).

Vemos que su unción es para los pobres, los cautivos y los oprimidos. Jesús no vive para sí; no vino a ser servido, sino a servir y a dar la vida. El Crisma con el que fuimos ungidos como sacerdotes no es para nosotros: es para que seamos “para” el pueblo fiel de Dios. Si no somos pan que se parte y se reparte entre quienes nos dicen: “Rece por mí, Padre, que tengo este problema”, o “Bendígame, rece por mí”, el Crisma se vuelve rancio, deja de perfumar y de encender esperanza.

“Ser para” el pueblo de Dios, significa tener nos decía Francisco, la mirada y los sentimientos de Jesús: *“Él contempla la realidad no como juez, sino como buen samaritano; que reconoce los valores del pueblo con el que camina, así como sus heridas y pecados; que descubre el sufrimiento callado y se conmueve ante las necesidades de las personas, sobre todo cuando estas se ven avasalladas por la injusticia, la pobreza indigna, la indiferencia, o por la perversa acción de la corrupción y la violencia.”*²

Ahora bien, este Crisma con el que fuimos ungidos nos hermana como sacerdotes. Hoy estamos celebrando esta fraternidad sacramental. Es la comunidad sacerdotal surgida

¹ León XIV. Carta apostólica. Una fidelidad que genera futuro. N° 9.

² Viaje apostólico del Papa Francisco a Colombia. Encuentro con sacerdotes, religiosos, consagrados, consagradas, seminaristas y sus familias. 9 de setiembre de 2017.

del sacramento del orden. Por eso para nosotros sacerdotes es clave cultivar el sentido de pertenencia, es importante para no ser “existencialmente huérfanos”.

El Papa León XIV, en su carta apostólica *Una fidelidad que genera futuro*, nos recuerda que el Concilio destaca el vínculo fraternal particular entre los ministros ordenados, fundado en el mismo sacramento: “*Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el Orden del Presbiterado, están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad sacramental [...]. Cada uno está unido con los demás miembros de este presbiterio por vínculos especiales de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad». La fraternidad presbiteral, por lo tanto, antes que ser una tarea, es un don inherente a la gracia de la ordenación. Hay que reconocer que este don nos precede: no se construye solo con buena voluntad, sino que es un don de la Gracia que se realiza en la comunión con el obispo y con los hermanos.*”³

La fraternidad sacerdotal es una gracia de Dios que se nos regala por el sacramento del Orden Sagrado y, a la vez, una tarea de permanente conversión para no atentar contra ella. En este sentido, León XIV nos advierte paternalmente: “*Ser fieles a la comunión significa, en primer lugar, superar la tentación del individualismo, que mal se compagina con la acción misionera y evangelizadora que siempre concierne a la Iglesia en su conjunto. No en vano, el Concilio Vaticano II se refirió a los presbíteros casi siempre en plural: ¡ningún pastor existe por sí solo! El mismo Señor “instituyó a doce para que estuvieran con él” (Mc 3, 14); esto significa que no puede existir un ministerio desvinculado de la comunión con Jesucristo y con su cuerpo, que es la Iglesia. Hacer cada vez más visible esta dimensión relacional y de comunión del ministerio ordenado [...] es uno de los principales retos para el futuro, sobre todo en un mundo marcado por guerras, divisiones y discordias*”⁴

Si en la Misa Crismal del año pasado rezamos por las vocaciones —y Dios nos escuchó, porque hoy nos acompañan los jóvenes que ingresaron al seminario—, la intención principal de esta Eucaristía es la oración por los sacerdotes mayores, que han desgastado su vida en medio de ustedes, pueblo de Dios. Por eso, con un corazón agradecido, los invito a comprometernos a cuidarlos con nuestra oración, nuestra cercanía y obras materiales concretas, para que puedan contar con un lugar digno y adecuado cuando lo necesiten.

Por último, en esta Misa nos acompaña una imagen de San Francisco de Asís. Este año celebramos los 800 años de su pascua, de su entrada al cielo. Él, que se pareció más que nadie a Jesucristo y tuvo la gracia de los estigmas, le recordó a la Iglesia de su tiempo —atada al poder temporal y a las riquezas— que era necesario volver al Evangelio. Nos recordó con su existencia que Jesús vino para los pobres, los cautivos y los oprimidos.

San Francisco no se consideró digno de ser sacerdote, pero nos dejó una hermosa enseñanza que quiero compartirles: “*Por eso, ¡oh hijos de los hombres!, ¿hasta cuándo*

³ León XIV. Carta apostólica. Una fidelidad que genera futuro. N° 14.

⁴ *Ibidem* N° 15.

serán duros de corazón? (Sal 4, 3). ¿Por qué no reconocen la verdad y creen en el Hijo de Dios? (Jn 9, 35). Vean que diariamente se humilla (Flp 2, 8), como cuando desde el trono real (Sab 18, 15) descendió al seno de la Virgen; diariamente viene a nosotros Él mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre (Jn 1, 18; 6, 38) al altar en manos del sacerdote. Y como se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora se nos muestra a nosotros en el pan consagrado. Y lo mismo que ellos, con la vista corporal, veían solamente su carne, pero con los ojos espirituales creían que Él era Dios; así también nosotros, al ver con los ojos corporales el pan y el vino, veamos y creamos firmemente que es su santísimo Cuerpo y Sangre, vivo y verdadero. De esta manera está siempre el Señor con sus fieles, como Él mismo dice: «Miren que yo estoy con ustedes hasta la consumación del siglo» (Mt 28, 20).»⁵

Querido pueblo de Dios: que San Francisco nos ayude a valorar, a cuidar y a rezar por nuestros sacerdotes, quienes nos regalan el milagro de amor más grande: la Eucaristía, presencia real del Señor para alimentar nuestra fe y transfigurar nuestra vida.

María, Madre de los sacerdotes, ruega por nosotros.

Mons. Gustavo Carrara.

Arzobispo de La Plata.

1° de abril de 2026

⁵ San Francisco de Asís, *Primera Admonición*.